

# Transcripción “Génesis de la novela, El metal de los muertos” de Concha Espina

Registro sonoro, 1933

Comienzo de la transcripción

---

Intérprete: Concha Espina

Génesis de la novela

Una vez, muy al principio de mi vida literaria, la suerte que me ha empujado por muchos caminos difíciles de la tierra y de la mar me llevó a un pueblo de Asturias muy triste y muy feo, de nombre desconocido para mí, Ujo. Allí estuve un año, minas de carbón, el río Aller que parece de tinta, una carretera oscura, tiznada como los montes que forman aquella hoz. Unos hombres subterráneos, envejecidos en plena juventud, lejos del sol, siempre a orillas de una muerte violenta. Pobreza, dolor, injusticia. Al contacto suyo, sentí la íntima necesidad de escribir algún día la tragedia de los mineros, el drama de los hombres, hermanos nuestros que viven arrojados en lo profundo de la tierra. Tristes siempre y enfermos para morir tan pronto, pero mi ambición era, entonces, prematura y desmesurada. Tuve que esperar, pasaron años, trabajé mucho, estudié, escribí otros libros y por fin, pude, visitar casi todas las minas de España. Bajé a las excavaciones más profundas. Subí a las cortas, abiertas en el regazo de la montaña como cánceres inmensos. Conocí las fábricas, todos los caminos infernales de la esclavitud. Los altos hornos, toda la tragedia de los hombres, estos que yo quería pintar en mi libro y escribí *El Metal de los Muertos*. Le situé en Rio Tinto pero sus primeros capítulos suceden en Guías, mi patria de Santander donde el maestro Galdós hizo su *Marianela*. Pronto mis protagonistas, emigran a Andalucía, a esa Andalucía secuestrada por el inglés como Gibraltar. Una Andalucía que por eso no tiene ni pájaros, ni flores, ni cantares, ni mariposas. Todo lo ha consumido allí la explotación. Aquel río, parece de sangre. El paisaje es tan rojo, que la pasión roja de los hombres se explica allí. La vida es siniestra, enorme, una cosa dantesca, terriblemente infernal. Todo allí sugiere la idea de la esclavitud, de la última esclavitud de las criaturas humanas.

El metal de los muertos

Una compañía extranjera monopoliza en Rio Tinto la vida entera de la región. Muchos metros y muchos kilómetros de costa azul, son allí extranjeros, siendo tan nuestros. La compañía es dueña absoluta de la tierra, del subsuelo, del aire, de las cumbres y de las vidas y las haciendas. Por muy poco dinero se dio todo aquel tesoro español y allí la vida es tan cruel para los hombres y para las mujeres de España que en la Contramina llueve el vitriolo y, por cada gota que cae en los cuerpos desnudos de los hombres, produce una herida. Trabajan los obreros así para librarse en lo posible del calor espantoso de aquella temperatura insoportable que les hace caer asfixiados con tanta frecuencia. Y a menudo los trenes de la empresa, que todo es de la empresa allí,

las comunicaciones y absolutamente todo, pasan por toda la región pidiendo vía libre porque llevan un muerto o un herido. Entonces salen de los caseríos y de las aldehuelas las mujeres desaladas a ver si es su marido, si es su padre, si es su hijo, el que yace allí víctima de la explotación aquella enorme y por tan poco dinero, por un jornal tan pequeño, tan mísero que los ingleses están excluidos del trabajo de la mina por humillante y terrible. No ocupan más que los altos cargos. Si algún día un gobierno de España pudiera volver a revisar esa venta y pudiera libertar a la patria del oprobio, de esa opresión tremenda que enarbola una bandera que no es nuestra en una parte de Huelva y de Sevilla que levanta un idioma y unas costumbres y una explotación sobre estas pobres gentes nuestras tan sufridas, tan calladas y tan nobles, sería digno de la gratitud de la patria para siempre. Yo no puedo olvidar nunca la emoción de río Tinto, es algo enorme. Todo allí es tan grande, tan triste, tan desolado, aquellas cortas, inmensas, con escalones de tantos metros, con todo el cáncer, con todo corroído. Es un terremoto que parece que allí sacude la tierra; todo tiembla y hasta, hasta el suelo parece que solloza. No solamente es el quejido de los hombres el que se oye, es el quejido extremo de la tierra que también pide libertad.